



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

PQ2260
-636
El Conde de V

El Conde de V

LOS EXTRAVIOS DE LA RAZON

Otra escrita en frances p

Traducida al español de la Z

por

El Sr. D. Juan de Valverde

TOMO I



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

IMPRESA DE DON JUAN DE VALVERDE
Calle de Leon, número 6

1818

44008

El Conde de Valmont me tiene en cuenta de
toda su indifferencia delante de Senneville, sin darme
para darle pruebas mas acasillas del amor que lo
tiene; y parece que esta niña amable se entere-
cid por mi suerter y cuando mi marido nos dejó
solos en el bosquecillo que termina el jardín a que
habíamos bajado, cogiendo con transporte una de
mis manos la tocó con sus lágrimas. Yo la abra-
cé y me entregué con ella.

EL CONDE DE VALMONT,

Después de las vietas y pomposas expresiones
de esta especie, yo me quedé en silencio, y me
daba cuenta de lo que me pasaba. Al pronunciar estas
palabras, sus lindos ojos en lágrimas mojadas se
dirigieron a mí, y me miraron a bajarse
con una especie de ternura que me quedaba vol-
viéndome a decirle, haciéndome un esfuerzo para conso-
larme, yo que tanto necesitaba de consuelo: por qué
parto, yo que tanto necesitaba de consuelo.

LOS EXTRAVIOS DE LA RAZON.

TOMO SEGUNDO.

CARTA VIGECIMA QUINTA.

EMILIA AL MARQUÉZ
¡Oh! tiernísimo padre, y el mejor de todos los ami-
gos! qué bien os reconozco en los cuidados que po-
neis en mitigar mi pena y hallar un remedio para
mis males! Vos consolais el amor herido, alivias
hasta el fondo de mi alma el amor propio lasti-
mado; mi vivamente, condecendeis á veces con
mi debilidad para restituirme despues toda la fuerza
de que necesito. Mi corazón se abre del todo á
las esperanzas que me haceis concebir, y para rea-
lizarlas mejor, he puesto en práctica relativamente
á mi jóven amiga el consejo que me habeis dado.
La ocasión se ha presentado por sí sola. Última-

008249

mente acaeció que Valmont me diera señales de toda su indiferencia delante de Senneville, sin duda para darle pruebas mas sensibles del amor que le tiene; y parece que esta niña amable se enterneció por mi suerte; y cuando mi marido nos dejó solas en el bosquecillo que termina el jardín á que habíamos bajado, cogiendo con trasporte una de mis manos la roció con sus lágrimas. Yo la abracé y me enternecí con ella.

Despues de las vivas y penetrantes expresiones de este lenguaje mudo, pero tan fácil de comprender: Senneville, dije á mi buena amiga, tu corazón está oprimido; cerrado por el dolor, recerrado por el temor, y requiere que le abra la amistad. Amiga mia! mucho tiempo ha que nos matan á las dos. Sus lágrimas comenzaron á correr con mas abundancia. Haciéndose violencia para contenerlas: ¡que desgraciada soy, me respondió, en haber llegado á ser tu tormento! No lo ignoras, y me cuesta trabajo confesármelo yo misma. Al pronunciar estas palabras, sus lindos ojos en lágrimas mojados se dirijieron á mí, y en el instante volvieron á bajarse con una especie de rubor. Amiga mia querida, volví á decirle, haciéndome un esfuerzo para consolarla, yo que tanto necesitaba de consuelo: ¡por qué parece que te avergüenzas de un mal involuntario, y te afliges tan demaciado por lo que nosotros no hemos podido ni evitar ni prever? Ah! un monstruo fuera yo me dijo, si con todo esto fuera ménos sensible. ¿Puedo yo castigar bastantemente mi falta, por involuntaria que haya sido? Yo debia hacerlo todo, emprenderlo todo para despegarme de tí, desde que advertí que te seria funesta; yo debí tornarme al asilo de que me sacaste, condenarme yo misma al retiro mas sombrío, y si era menester sepultarme allí para siempre. Mas yo te amaba, tenia esperanza; por otra parte, tenia temor de dar escandalo; y no podia mi timidez avenirse á un paso demasiado atrevido, y que hubiera podido dar ocasion á mil diferentes interpretaciones. Yo habria debido consultarte por lo ménos, y apenas me

hallaba con animo de hablarte. Sin embargo, tus penas han crecido tanto como mis aflixiones: mi apego crecia con ellas, y la amistad se habia hecho en mi una verdadera pasión. He aquí todos mis yerros, pues que mi corazón no tiene otros que reprocharse; y si Valmont hubiera tenido cien veces mas atractivos, su conducta contigo me hubiera hecho insensible por siempre. Juzga de esto, amiga mia, por estas dos cartas; de las cuales, la primera ahora nada puede añadir á tus penas, y la segunda te instruirá mejor de mis mas secretas disposiciones.

Al decir esto, sacó de su cartera una carta, cuya lectura sola me hizo estremecer: era de Valmont, y ved aquí lo que lei en ella.

„Amabilísima Senneville! ¿será un crimen el „amaros? Despues que habeis leído en mis ojos el „fuego que me devora, despues que una confesion „indiscreta confirmó casi á pesar mio lo que ellos „habian osado deciros, ¿por qué sustituis la indife- „rencia y el encogimiento, á la franqueza y á la „tierna amistad que reinaba entre nosotros? ¿Créis „que asi se curan los males que me habeis causado, „ó temeis participar de ellos? Ah! no son temi- „bles estos males, sino para quien tiene que sufrir- „los solo, y no para dos corazones unidos por una „misma inclinacion: no son temibles mas que para „quien combate un sentimiento tan dulce; y si al- „go tengo que reprocharme, es no haber cedido á „él mas temprano. El amor es el encanto de la „vida; y obstinarse á no conocerlo, seria obstinarse „á no conocer la felicidad. Vivid, Senneville; vi- „vid para amar y para ser amada. Si el amor mas „vivo y mas constante puede bastar á vuestros de- „seos, vuestras gracias os garantizan la fuerza y la „duracion del mio.”

Despues de esta carta, Senneville me hizo leer otra mucho mas lisonjera para mí: era una copia de la respuesta que le habia dado ella.

„No estoy bastantemente instruida, Señor, de los „efectos del sentimiento que me quereis inspirar,

para discurrir con vos sus penas ó dulzuras; ni es esto tan poco el objeto de mi respuesta. Lo que únicamente me afecta es vuestra injusticia, y el dolor mui real que causais á mi mejor amiga. ¿Cómo ha merecido ella vuestro olvido y vuestra indiferencia? ¿Es ménos amable que cuando empujasteis á quererla? ¿Ha perdido de sus derechos, de sus gracias mas verdaderas, despues que os habéis impuesto la obligacion y el deber de amarla siempre? ¿Aun cuando no me pudieran tanto la vergüenza y los peligros de un casamiento, las desgracias de vuestra esposa bastarian para prevenirme hasta de la pasion mas inocente. ¡Oh! ¿cómo prontamente pasaron sus bellos dias! ¿qué poca duracion ha tenido vuestro amor! ¿Y os atreveis á prometer á otra un amor eterno! ¿Qué! ¿cuándo la belleza, el espíritu, el sentimiento, las virtudes, los talentos y las gracias no han podido fijar vuestra inconstancia, ¿osareis todavía jurar fidelidad? ¡Ah! ¿comensad por serlo al primer amor que habeis tenido; enjugad el llanto que habeis hecho verter; volved á la mas digna esposa un corazón que le pertenece; solo á este precio volveré á tener la confianza que me habiais inspirado. Pero si al contrario, os obstináis en afligirnos á una y otra, no aguardéis de mí mas que indignacion, aseoprecio, aborrecimiento, si se me puede permitir aborreceros, y no os sorprendais, de que nada en el mundo haya que no emprenda yo por alejaros de vos. El mismo dia que Mr. de Valmont recibió esta carta, livolvió á decir mi jóven amiga, encontré en su librito de memorias que dejó caer á mis pies estas pocas palabras que habia escrito en él. ¡V! Pues que es menester callarme, seréis obedecida; pero nada podrá en adelante arrancar de mi corazón el dardo que le traspasa. Vuestra separacion no haria mas que exacerbar mis males y los de la Condesa; está bien. Solo mis ojos os dirán todavía, que solamente á vos podia yo sin temor jurar fidelidad.

Desde este dia, continuo Senneville, el Conde no ha empleado para conmigo una palabra que no fuese menester para tener contenta en un sentido mi delicadeza, y suficiente para no lastimar á cada instante mi amistad contigo. Yo le huia, pero á tu lado me encontraba, y no dejaba de amargarme el placer que yo sentia viéndote, con la indiferencia que él te manifestaba y las muestras de preferencia que afectaba darme. Tanto como su conducta me irritaba secretamente y me hacia sufrir, tanto la tuya me interesaba en tu favor, y de dia en dia te hacia mas amable y mas querida para mi corazón. Tu presencia era para mí una necesidad; se me habia hecho necesaria, y conozco mui bien que siempre lo ha de ser. Parece que mi alma se pasó enteramente á tí; no veo mas que á tí; en cierta manera solo vivo para tí; mi cariño para tí ha llegado al exceso, ya lo sé; y estoy convencida de ello; y será menester que sufra yo por esto el mas justo castigo. Con todo mi ternura era digna de excusa; amándote, solo me habia apasionado de la virtud. No importa, te dejaré; ello me costará la vida... porque toda mi dicha se cifraba en verte. Mas con tus ejemplos me siento bastante fuerte para semejante sacrificio: ¡feliz de mí, si con morir puedo devolverte la quietud que te he arrebatado sin quererlo!

Juzgad, padre mio de la sorpresa que sentiriamos ambas, cuando en el momento en que ella se expresaba de este modo, vimos caer á Valmont á nuestros pies. Oculto tras de un seto de laberinto en que estabamos metidas, habia escuchado todo. No, dijo tomándonos la mano, amabilísima pareja y mui desgraciada por culpa mia, no os separareis; no, Senneville, no nos dejareis... ó mas bien se me arrancará la vida. Dejad que yo me vengza; ya el cielo me es testigo de cuanto he combatido mi pasion antes de ceder á ella. Yo no he nacido para la injusticia ni para el crimen, ni he nacido para causar vuestra desgracia. He podido extraviarme, pero nuevas luces brillan

á mis ojos, y disipan en parte las tinieblas en que hasta hoy me he visto sumergido; respeto la virtud... Ay! al tiempo mismo que la combatia con mis discursos, querida Esposa, querida Senneville, la respetaba en vosotras.

Tan sobrecogidas estábamos mi buena amiga y yo, que le dejamos hablar sin sacarle de la situacion penosa en que se hallaba, ya lo habia dicho todo: y todavía parecia que le oíamos nosotras. Sin embargo, su silencio, la viva emocion, la turbacion, la agitacion que se echaban de ver en él, nos volvieron de la especie de letargo en que habiamos caido; nos apresuramos á levantarle y hacerle sentar en medio de nosotras. Una escena muda sucedió á estos primeros trasportes. Un aire de confusion parece que se comunicaba de uno á otro y se difundia entre todos: nuestros pensamientos estaban como reprimidos; nada deciamos porque teniamos mucho que decir. Por fin el sentimiento de que estábamos penetrados se dió á luz, si puedo expresarme así, y se exhaló en lágrimas. Yo necesitaba de explayarme para tener alivio; y si esta situacion hubiera durado mas tiempo, qué sé yo si habría tenido que temer por el estado en que me hallo y por el hijo que llevo en mi seno. Se confundieron nuestras lágrimas: mi marido me hizo las mas tiernas caricias. Senneville al verlo, parece que recobró su franqueza y su alegría: en un entusiasmo digno de ella, quiso que nos prometieramos los tres no tener nada oculto el uno para el otro, pues que así nuestros corazones estarian á descubierta; y nos comprometimos á rivalizar en quien hiciera mas esfuerzos para ser virtuoso.

Subimos al salon en esta disposicion feliz. Desde este momento estamos mas tranquilos. Mi marido ya no tiene aquel porte frio y helado que empleaba conmigo, parece que me trata como amiga; pero se percibe mui bien que su anhelo, su pasión son todavía por Senneville. Sin embargo los modera, y sus procederes mas prudentes para

con ella y mas francos para conmigo, dejan reinar mas amenidad y confianza entre nosotros. Yo fuera feliz aun en medio de Senneville y de Valmont, si la amistad de la una pudiera indemnizarme de la ternura del otro, mas para una esposa fiel, ¿qué corazón puede compensar la pérdida de su esposo? Senneville lo conoce como yo y se aflige mil veces por ello. Pero tiembla de perderme, y yo no sé si tendría mas fuerza para permitir su separacion y para soportar su ausencia. De suerte que de algunos dias á esta parte, con el corazón bien lleno de sentimientos contrarios, somos un poco ménos dignos de lástima que ántes; pero ay! qué lejos estamos de la felicidad!

Lo que mas me consuela es la nueva luz que haceis brillar á los ojos de mi marido. Parece que en efecto ha adquirido mas rectitud. Su modo de pensar y de expresarse es mas exacto y mas modesto; ya no incide como antes en las paradojas mas singulares; ni afecta ya el falso honor de ser solo en su modo de pensar; y tampoco se le oye defender sucesivamente las opiniones mas opuestas. Sus razonamientos son algo mas sólidos y mejor enlazados; parece que quiere ser virtuoso por gusto y por principios. Yo estoy convencida de que se hace una especie de violencia, y sin el Baron de Lausane que sin cesar le rodea, no dudo que ahora seria mui fácil convertirle totalmente. Mas este peligroso amigo, precisado á variar de ataque, y queriendo ademas ponerse siempre entre mi marido y yo, da tanta fuerza á los principios de razon que ve germinar en el espíritu y corazón de Valmont, que le adhiere únicamente á la razon, y á lo que puedo entender, le previene mas y mas contra la autoridad. Valmont solo habla ya de beneficencia, virtud, equidad, ley natural; pero siempre mui indiferente á lo que debe á su Dios, y hablando propiamente, todavía no tiene religion. Se ha impuesto un yugo, pero se lisongea de poderle restringir ó extender á su agrado; y temo mucho que esta ley tan bella que quiere seguir, se con-

vierta dentro de poco en la de sus inclinaciones. ¡Quiera por fin el Dios de luces y de gracia, concluir mediante vuestros cuidados lo que ha comenzado en mi marido! es ya mucho en él reconocer alguna especie de obligacion y de deber. Me atrevo á creer que un discipulo celoso de la ley natural, dotado de alma recta y sincera, no tiene mas que dar un paso para convertirse en un cristiano fiel. La ley que nos prescribe la simple razon y la que el Evangelio nos ofrece, tienen entre sí la union mas íntima, y se sostienen mutuamente: aquella conduce á esta; son dos hermanas, de las que la una hace á la otra mas amable todavía, enseñando á conocerla mejor.

Así es como todo contribuye á fortificar mi esperanza. Lo que sabemos los tres de nuestras disposiciones mutuas y de nuestros sentimientos mas secretos, no puede ménos que redundar en provecho de la virtud: al ménos yo me lisongo con esto, y mi conversacion con Senneville es para mí una fuente de consuelos. En ella descubro mas y mas la falsia de Lausane, y el poco caso que debo hacer de lo que pretendió avisarme tocante al antiguo amor de Valmont á mi jóven amiga, y de la violencia que se hizo casándose conmigo. Así es, que me hallo mas dispuesta que nunca á guardarme de las asechanzas y sorpresas de este falso amigo. Pues no sé por que presentimiento he aguardado siempre de él todas mis desgracias. ¡Quiera el cielo que su pasion á mí y los cumplimientos que me veo en precision de usar con él, no me preparen para lo futuro otras todavía mas funestas!

Al concluir, me queda que pedir os un consejo; porque solo á vos, tierno padre mio, es á quien recurro en mis dudas. Bastante nos habeis ilustrado á Senneville y á mí sobre la lectura de las novelas y de los libros contra la religion; pero se presenta otra red, que son los espectáculos. Hace dias que mi marido me persigue para llevarnos á gozar de este género de diversiones, y ademas emplea las razones mas especiosas para hacérmelos mi-

rar como inocentes. Hace mui poco, que para simular mejor nuestra triple alianza y poner el sello á nuestra reconciliacion, quiso con todo empeño llevarnos á ellos, y gozar así de sus placeres en comun con nosotras. Por fortuna Senneville ha tenido hasta aqui que lastar la resistencia: porque ya sabeis, padre mio, que en esta materia es mui difícil á una esposa, no ceder á un marido que urge y manda resueltamente. Pero Senneville es jóven, y no aborrece los placeres permitidos. Si Valmont puede al fin persuadirla de que los teatros son de este número, somos perdidas; y aun yo misma, os lo confieso, no tendria fuerza para resistirme, si no los creyera prohibidos absolutamente. Sin embargo, hay tantos ejemplos que hablan en su favor; sus partidarios dicen tan bien de ellos, y pintan muchas veces el teatro como el templo del gusto y la escuela de las costumbres, que á veces me veo tentada de condescender. Quitadnos á las dos, os pedimos, nuestros escrúpulos, ó suministradnos para siempre armas contra la tentacion. Nosotros tendríamos siempre bastante fuerza para diferir todo el tiempo que gustéis; yo os ruego, padre mio, que os ocupeis todavía mas de las necesidades de mi marido, que de las nuestras.

CARTA VIGECIMA SEXTA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

Si, padre mio, al Dios de toda verdad debo el mas vivo reconocimiento, por las luces que me dá y la nueva claridad que hace brillar á mis ojos. Mas á vos, excogido para ilustrarme, y que lo haceis con tanto celo y sabiduría, ¡qué amor, que gratitud no os debo! Padre tierno, vuestras bondades me confunden todavía mas que el sentimiento de mis debilidades y la vista de mis errores. ¡Con cuanta consideracion y cuanta dulzura combatis, deshaceis sofismas vergonzosos, que repugna mi razon y que en la realidad me ruborizan! Ha-

blando á mi corazon, ¿podria no escucharos? Si, soy libre; y mis pasiones debieran dejar de murmurar y de conmovirse por ello. Siento, reconozco en mi esta facultad elevadísima, que tenia yo la baja de disputarme. Soy libre, y hubiera querido engañarme todavía: poco acostumbrado al crimen, susceptible de remordimientos, siempre me reprocharia mal de mi grado el mal que hago, y el bien que omito y debiera practicar. Ah! si soy culpable, no agregaré por lo ménos á mis culpas una culpa mas grande, la denegacion de mi libertad, ni á mi oprobio, un oprobio eterno, el de no escuchar mis remordimientos y el avergonzarme de la virtud. Puesto que soy libre y susceptible de bien y de mal, sin duda que una y otra cosa me son imputadas como á verdadera causa; hay ademas entre ellos una diferencia real tomada de la naturaleza misma de las cosas, la cual es inmutable como esta; y yo percibo y siento en el fundo de mi corazon esta diferencia. Un Dios necesariamente amigo del orden, un Dios bueno me forma del amor y de la practica del bien una ley verdadera; me veda el mal que se le opone; luego la virtud no es un vano nombre; no le es indiferente: la recompensará como Dios, y esta recompensa será eterna como él. En el siglo venidero encontraré la felicidad que no hallo en la tierra, y que bajo el imperio de un Dios justo debe ser el premio de la justicia, ó la desgracia, si la tengo merecida. ¡Verdades importantes, ya no sereis borradas de mi memoria! El prestigio de las pasiones ya no será bastante fuerte para inducirme á volveros dudosas. Ya no me degradaré hasta confundir mi naturaleza con la de la planta que vejeta, ni con la del animal que ramonea ó que rumia. Capaz de hacer bien, susceptible de sentimientos mas elevados, voy á entregarme del todo á su entusiasmo. ¡Equidad, beneficencia, amor al orden, amor al bien comun, venid á extender mis designios, á reglamentar mis inclinaciones, á ennoblecer mis afectos y mis gustos, á ejercitar todas mis facultades, á vivificar mi espíritu

y mi corazon, y á darme un nuevo ser! Ó virtud! ¿cómo he podido olvidar tus atractivos y cubrir de nubes tu existencia! ¡Ay padre mio! me habeis pintado tan bien sus bellezas, me la presentais tan amable, tan seductora y tan hermosa, que hallando en vos, en Emilia, en todo lo que me rodea, el sagrado caracter suyo, seria el mas culpable y vil de los hombres, si aun pudiera desconocerla.

Mas esta virtud, cuyos primeros principios están esculpidos en todos los corazones, esta ley natural que el sentimiento nos indica, que la razon nos desarrolla, y que no es otra cosa que la razon misma; esta ley comun á todos los hombres, ¿no es bastante para ellos? ¿No es suficiente la luz que nos ministra? ¿Y alguno se atreveria á decir, que no nos ilumina cuanto debe sobre lo que nos obliga á practicar? ¿No basta el yugo que ella nos impone? ¿Será menester agregar nuevas trabas? ¿Será menester añadir instituciones arbitrarias, enseñanzas humanas, el lenguaje de los hombres erigidos en intérpretes de las voluntades divinas? É instruido por la naturaleza misma y por mi razon, por este guia tan seguro cuando sé consultarlo, ¿será menester para enseñarme á conocer, servir, honrar á Dios como debe ser honrado, acudir á semejantes auxilios, y que por todas partes halle hombres entre Dios y yo?

Ah! ¿que me dejen al ménos esta dichosa libertad que me ha dado la naturaleza; que me dejen creer y seguir en paz lo que ella me dicta; y que no se constituyan los tiranos de mis opiniones y de mis pensamientos, á nombre de este Dios á quien hacen hablar y obrar! Ó padre mio! conociendoos cual os conozco, ¿podria yo reprocharme mi franqueza y mi sinceridad? ¿Temeré pareceros demaciado atrevido, expresándome asi? Vos no teneis un carácter que aspire á dominar las conciencias. Ningun interes os mueve sino el de la verdad: me habeis ayudado á conocerla en lo que tiene de esencial; y sin duda os contentais, como ella, con el homenaje que le tributo. ¿Podriais no agradecerme mi

indiferencia respecto á las opiniones particulares que dividen entre sí á las naciones y á los hombres? Y despues de haberme ilustrado en cuanto á la ley natural, ¿podriais inculparme, por que no piense como vos en cuanto á lo demas! La verdad, la virtud, el honor, están en seguridad bajo los principios que ya nos son comunes; si ellos bastan para hacerme justo y bienhechor, ¿qué mas se ha menester? ¿No lo han sido sin otra luz, Sócrates, Aristides, Catón, Tito y Marco Aurelio? ¿Dejaria yo de tener mérito teniendo sus virtudes? ¿Tendriais que temer de mí, si yo fuese justo como ellos? Padre mio, no es propio de vos el compeler, y solamente lo es el persuadir: y aunque no me hagais un verdadero creyente, un discípulo fiel, os deberé mucho con que me hagais virtuoso.

CARTA VIGECIMA SETIMA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

¡Bendito sea Dios que me ha hecho recobrar á mi hijo...! Mi hijo creé ya en la virtud. Mas ¿qué digo Valmont? Nunca has dejado de creer en ella; no, jamás has estado perdido para tu padre. Si á su vista te desfiguraba tu lenguaje, si te hacia indigno de él, ah! siempre lleno de indulgencia para contigo, tenia lástima de tu juventud; hacia distincion entre los sentimientos de tu corazon, los sofismas de tu espíritu, y el delirio de tus pasiones; en tus combates, en tus confesiones, en tus remordimientos, volvía á encontrarte, y conocia mui bien que aun vivias para el deber y para el honor. ¡Cuántos recursos hay en una alma en que no se ha extinguido el sentimiento! Tarde ó temprano, él basta para volverla á la razon.

Al fin reconoces el imperio de ésta, y estamos de acuerdo sobre la autoridad santa de las leyes de la naturaleza. ¿Mas la ley natural, la sola razon basta para nuestras necesidades? Querido Valmont, si ella te basta en efecto, no temas que te

imponga un yugo nuevo, un yugo inútil, y una ley arbitraria. No pretendo ilustrarte con objeto de hacerte mas dura y penosa la virtud; sino con el de hacértela mas dulce y fácil; ni quiero para tí ninguna ley que no pueda servir á tu felicidad. ¿De qué me serviría constituirme el tirano de tus opiniones, y querer dominar sobre tu conciencia? ¿Tengo por ventura otro interés, tengo que aguardar todavía en la tierra otro placer que el de hacerte dichoso? Si pues no puedes serlo sin fijar la ligereza de tu espíritu, sin aumentar y asegurar tus luces, sin fortificar y purificar tu corazon, sin armarte contra las pasiones que de nuevo te descarrien y causen tu tormento; si la sola razon es un recurso débil para proporcionarte ventajas tan grandes; si hay un guia todavía mas seguro y mas fiel que el cielo te haya dado, ¿dejarias de agradecerme que te lo hiciera conocer? Puesto que la verdad, la virtud, son ahora de algun precio á tus ojos, ¿podrias ser indiferente á lo que te hiciera verdaderamente sábio y sólidamente virtuoso?

Pero sobre todo, hijo mio, si Dios por miras dignas de él, ha unido realmente tu suerte futura á una economia mui superior á la de la naturaleza, ¿te atreverias á rebelarte contra su voluntad? ¿Te atreverias á inculpar su sabiduría, á condenarle sin oírle, á poner vanos razonamientos en ves de los hechos, á reprochar al cielo los auxilios mas abundantes que á tu debilidad conceda, ó á atribuir á los hombres lo que te viene de la divinidad misma, y á poner en riesgo, por un aferramiento que seria el fruto de la prevencion, tu felicidad eterna?

La razon es nuestro primer guia: ah! hijo mio, ¿quién lo confesará mejor que yo? ¿Y no fui el primero que te enseñó á respetarla? Mas este guia que yo reverencio, ¿es el único que debemos seguir? ¿No serian de desearse nuevas luces, una autoridad mas precisa, una regla mas fácil?

Pon cuidado, querido Valmont; tan insensato es deprimir mucho la razon, como formarse una mui